

**EL EJÉRCITO ROMANO
EN CAMPAÑA**

DE SEPTIMIO SEVERO A DIOCLECIANO
(193-305 D. C.)

ADOLFO RAÚL MENÉNDEZ ARGÜÍN

**EL EJÉRCITO ROMANO
EN CAMPAÑA**

DE SEPTIMIO SEVERO A DIOCLECIANO
(193-305 D. C.)



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2011

Serie: Historia y Geografía

Núm.: 176

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

COMITÉ EDITORIAL

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)

Carmen Barroso Castro
Jaime Domínguez Abascal
José Luis Escacena Carrasco
Enrique Figueroa Clemente
M^a Pilar Malet Maenner
Inés M^a Martín Lacave
Antonio Merchán Álvarez
Carmen de Mora Valcárcel
M^a del Carmen Osuna Fernández
Juan José Sendra Salas

Motivo de cubierta: Relieve del arco de Septimio Severo, Roma

Contracubierta: Casco de Niedermörmter

© UNIVERSIDAD DE SEVILLA
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES 2011
Porvenir, 27 - Tlf. 95 448 74 47 - 51 - Fax 95 448 74 43
Correo electrónico: secpub4@us.es
Web: <http://www.publius.us.es>

© ADOLFO RAÚL MENÉNDEZ ARGÜÍN 2011

ISBN: 978-84-472-1295-8
DEPÓSITO LEGAL: S. 581-2011

Impreso en papel ecológico

IMPRIME: IMPRENTA KADMOS - SALAMANCA
Impreso en España

ÍNDICE

Introducción	9
I. Fuentes	17
II. Contexto Histórico	27
III. El ejército romano del Alto Imperio (ss. I-III d.C.)	59
IV. Las legiones del s. III d.C.	87
V. Equipamiento del legionario	159
VI. Los enemigos del Imperio	239
VII. Las legiones en campaña	265
Conclusiones	347
Índice de imágenes	353
Abreviaturas	357
Apéndice de fuentes	359
Bibliografía	377

INTRODUCCIÓN

El mundo clásico, a pesar de los grandes avances que protagonizó a todos los niveles en un buen número de aspectos de la existencia humana y que, en mayor o menor medida, siguen formando parte del acervo cultural de Occidente, fue un mundo extremadamente violento. De hecho, invirtiendo el conocido silogismo de Karl Von Clausewitz de que la guerra consiste en la continuación de la política por otros medios, podemos afirmar que, en la Antigüedad clásica, el estado natural es el de guerra, ya sea a nivel local, regional o internacional. La política no es sino la continuación del conflicto por otros medios menos traumáticos y en ella se sigue poniendo de manifiesto el arraigado ideal de autarquía e independencia propio de la mentalidad antigua. Únicamente, a partir de los primeros decenios del Imperio Romano, la política toma realmente carta de naturaleza (*Pax Romana*), empleándose la guerra de forma selectiva contra unos enemigos que ya no amenazaban la existencia de la propia estructura imperial. Sin embargo, desde finales del s. II d.C. y comienzos del s. III la creciente presión de los bárbaros del Norte por un lado, los persas sasánidas en Oriente por el otro y, no menos importante, las propias contradicciones internas del Imperio, provocaron que la guerra volviese a despuntar como el elemento más importante en la existencia y desarrollo del Estado Romano. Esta mentalidad guerrera no había desaparecido en absoluto, pero había permanecido algo apartada durante el largo período de paz que finalizó a comienzos del reinado de Marco Aurelio (161-180).

Durante la Antigüedad clásica, la guerra era un fenómeno tan universalizado que el hombre no supo tratarla como una materia en sí misma; con todo, esta disciplina, conocida hoy como Polemología, no deja de tener unos orígenes relativamente recientes. La ausencia de reflexión sobre la guerra como tal pudo deberse, precisamente, a que esa extensión y universalidad la colocaban más allá de las iniciativas humanas y caía en los dominios de la naturaleza o, incluso, del reino de los dioses. Podía, de este modo, concebirse como principio de organización cósmica, pero no analizarse como ley reguladora de la sociedad humana [GARLAN 1975: 16-41]. El pacifismo, en el sentido moderno del término, era desconocido en las sociedades premodernas; de hecho, todos los pensadores de la Antigüedad pueden considerarse, si no como “militaristas”, sí al menos como “belicistas”, pues asumían la guerra como una característica natural y propia del mundo en el que se desenvolvían [DAWSON 1996: 3].

Las formas de conflicto que se desarrollaron a lo largo de la Antigüedad fueron múltiples: invasiones –movimientos de pueblos–, razzias –incursiones–, raids –que implican ya la participación de elementos a caballo y, por tanto, una mayor facilidad para el agresor de entrar y salir del territorio atacado–, conflictos de vecindad, guerras de conquista,

etc. hasta el punto que, como mencionábamos al comienzo de esta introducción, puede considerarse a la paz como una interrupción momentánea de las actividades guerreras [HARMAND 1976: 9-14]. Todas estas categorías irán apareciendo a lo largo del presente volumen, sobre todo en relación con las incursiones y asaltos de los pueblos bárbaros contra el Imperio durante el período objeto de estudio; no obstante, el ejército romano también era capaz de rápidos golpes de mano o de acometer incursiones limitadas en los territorios de más allá de la frontera adyacentes a sus bases.

No podemos olvidar tampoco que, a lo largo de la Antigüedad, las guerras se vieron condicionadas por las estructuras militares de los pueblos implicados en las mismas. De este modo, los ejércitos antiguos fueron muy diferentes entre sí según se trataran del reflejo de unas estructuras tribales, prepolíticas o políticas. A cada una de ellas correspondía un tipo de combatiente diferente, por lo que hay que evitar confusiones entre términos como soldado o guerrero.

En primer lugar, el guerrero es el elemento de combate propio de las estructuras tribales. Posee una individualidad muy acusada, elevándose por encima del resto de la sociedad en virtud de sus especiales habilidades con las armas. Así, de los guerreros se espera que luchen por el lugar que ocupan en el orden social, no por obligación o remuneración alguna. En el guerrero, ser para la muerte, destaca sobre todo su ímpetu y espíritu de lucha, pues el combate es el que le proporciona la razón de su existencia y utilidad para el grupo. Es un combatiente característico de fases arcaicas en la historia de los pueblos, siendo su ejemplo más preclaro la mítica figura de Aquiles. Sin embargo, esas cualidades se veían contrarrestadas por su falta de disciplina y, generalmente, su incapacidad para desarrollar complejas evoluciones tácticas. Por ello, el ataque preferido por los guerreros era el choque frontal previa aproximación a la carrera para incrementar su impulso. No obstante, ser guerrero no significaba estar falto de entrenamiento individual, todo lo contrario; el guerrero como especialista que era debía dominar perfectamente sus armas; lo que falla es su integración con otros guerreros para mantener una formación más o menos compleja. El guerrero, sin embargo, aunque perfectamente consciente de su propia individualidad, se da cuenta que no está solo, que hay más especialistas de la guerra en su comunidad. Surgen así las confraternidades, asociaciones de guerreros que les permitían tanto mejorar sus capacidades en la lucha como el mantenimiento de su status respecto al resto de la población.

Este tipo de combatientes era el que iba a encontrar Roma a lo largo de toda su frontera Norte, bien en la forma de tribus o pueblos individuales o bien en coaliciones más o menos amplias; esta última sería la tendencia, cada vez más acusada, conforme avanzaban los primeros siglos de nuestra era, hasta llegar así a las grandes confederaciones de los siglos III y IV d.C., que supusieron un enorme desafío para las armas romanas. Además, el contacto continuado con una estructura estatal y un ejército de carácter permanente y profesional, como eral el caso del mundo romano, también influyó en los propios sistemas militares de estos pueblos germanos, que acabaron evolucionando hasta poner en serios aprietos la estabilidad del Imperio durante la segunda mitad del s. III d.C. En Britania, las sociedades celtas no sometidas del Norte de la isla (caledonios, *masagetae*) también presentaban un sistema similar, con los guerreros como elemento clave de la sociedad

agrupados en bandas más o menos amplias y dirigidas por individuos especialmente carismáticos que destacaban por sus habilidades con las armas.

En esas sociedades “primitivas”, a pesar de que, tal como hemos mencionado, la guerra era concebida como parte del mundo natural, al mismo tiempo eran conscientes de que dicha actividad implicaba una modificación de las pautas de conducta de la comunidad; los períodos de conflicto eran tratados, por tanto, como una interrupción de la vida cotidiana. Los guerreros debían vestirse y pintarse para cambiar de personalidad. Ceremonias especiales señalaban su partida desde la vida normal y otras su regreso a ella. Pero, además, la guerra requería justificación: los constantes esfuerzos para asegurarse el favor del mundo de los espíritus implicaban que luchar y matar para vengar males eran elementos necesarios para el mantenimiento del orden en el mundo.

El siguiente nivel lo tenemos en el soldado-ciudadano, figura típica de los ejércitos de la Grecia arcaica y clásica y de los primeros tiempos de la República romana. Con el establecimiento de la *polis* (ciudad-Estado) en el ámbito griego, la ética militar que se había desarrollado en el seno de las confraternidades de guerreros se trasladó a todo el cuerpo cívico. En la *polis* arcaica un ciudadano era, por definición, un soldado, y el grado de cualificación política era determinado por su grado de participación en el ejército (la posesión de un mayor volumen de bienes implicaba mayores obligaciones militares, lo que se veía compensado por mayores y más importantes privilegios a nivel político). Ese soldado ciudadano era un infante pesado (*hoplita*) que tenía que proporcionarse su propio equipo y se integraba en una formación cerrada, la falange, con un carácter ofensivo. En la falange, su relación con otros *hoplitai* hacía inevitable el surgimiento de sentimientos de camaradería y de pertenencia a un grupo especial dentro de la población de la *polis*, el de sus defensores. En el sistema hoplítico de las ciudades de la Grecia arcaica sólo se consideraba ciudadano a aquél que poseía una renta basada en una pequeña propiedad, que le permitía costearse las armas con las que era convocado en caso de peligro para la comunidad. Además, los valores militares eran cultivados entre los ciudadanos no sólo porque se necesitaban para defender la ciudad, sino porque también eran altamente valorados en sí mismos como una fuente primordial de virtud y lealtad cívica [DAWSON 1996: 4]. En este sentido, el *hoplita* griego luchaba por su ciudad y su tierra, mostrando un patriotismo incipiente hasta el punto que algunos autores lo consideran como la principal motivación en la guerra hoplítica [MITCHELL 1996]. También se pone de manifiesto, en este sentido, el predominio de la comunidad como un todo sobre el individuo. Esa clara mentalidad patriótica puede rastrearse, por ejemplo, en poetas como Tirteo de Esparta, en uno de cuyos fragmentos se proclama: “Es bello morir, caer en la primera fila, valientemente combatiendo por la patria... Luchemos con todo el corazón por nuestro país, muramos por nuestros hijos, no ahorremos en absoluto nuestras vidas para su defensa” (Fragmentos 6 y 7D). El buen combatiente, según esta mentalidad espartana, era, por tanto, aquel ciudadano cabeza de familia que cultivaba su propia tierra, pues tenía algo tangible por lo que luchar. Llama la atención, en este sentido, el contraste con algunos ejércitos modernos, como el británico de época colonial o el Cuerpo Expedicionario (*BEF*) de esa misma nacionalidad enviado a Francia a comienzos de la Primera Guerra Mundial, caracterizados por el desarraigo de sus integrantes. Este tipo de ejércitos prefería a los solteros sin hijos, intentando en la medida de lo posible no dejar huérfanos y viudas; además, se pensaba que estos individuos, al no tener familia que les esperase, arriesgarían con más facilidad

su integridad en situaciones comprometidas [SIMKINS 1994]. Esa ausencia de lealtades alternativas podemos también observarla en el ejército romano de los dos primeros siglos del Imperio (ya, sin embargo, completamente profesionalizado), período en el que a los militares les estaba vedado el matrimonio legal (*conubium*).

Los combatientes de las *poleis* griegas, sin embargo, no pueden ser calificados como soldados, sino como integrantes de una “milicia”, por su carácter no profesional y no permanente, aunque con toda seguridad estaban sujetos a cierto programa de entrenamiento y mantenimiento de sus capacidades combativas para no perder facultades y conservar su operatividad. La concepción de estos ciudadanos soldados puede compararse, en cierta medida, con las milicias nacionales de los ejércitos de los siglos XVIII y XIX, formadas por individuos no profesionales, pero con cierto nivel de entrenamiento, que eran llamados a las armas en caso de guerra o de grave peligro para el país. Este tipo de milicias o guardias nacionales han sobrevivido hasta nuestros días, pudiendo traerse a colación, como ejemplos, tanto la *National Guard* estadounidense, como el *Territorial Army* británico, o nuestra propia Reserva Voluntaria (de la que me enorgullezco de formar parte con el empleo de alférez), de reciente creación tras la desaparición del servicio militar obligatorio.

Otra de las características definitorias de la guerra en el mundo griego arcaico era su acusado gusto por la batalla violenta y decisiva. En una llanura dos formaciones compactas de lanceros con corazas se disponían una frente a la otra, estrechamente colocados y con los grandes escudos redondos entrelazándose. Colisionaban entre nubes de polvo y, a continuación, seguían unos minutos de aparente carnicería, con las lanzas de las filas frontales golpeando cascos y escudos, mientras las filas traseras gritaban y empujaban; luego, en uno u otro bando, de repente, la muralla de escudos se rompía, el pequeño ejército se disgregaba y la batalla se perdía. Tras la derrota no solía existir persecución, pues la falange griega no estaba preparada para este tipo de movimientos rápidos tras un enemigo derrotado.

Aun así, no todo era tan simple como pudiera parecer. Para algunos autores, con buen criterio, la clave en el sistema de combate griego residía en que los hoplitas, minoría privilegiada dentro de la *polis*, constituían en esencia una clase de propietarios y adoptaban este tipo de guerra ofensiva, a pesar de los costes para ellos mismos, porque su status dependía de su habilidad demostrada para defender el territorio. Sólo soldados ciudadanos de alta moral podían haberse sometido a la disciplina de la falange. Estaban celosos de su papel como defensores del suelo y eran reticentes a hacer demasiado uso de arqueros y honderos, pues no querían incrementar el valor militar de sus vecinos pobres. Aceptaron, así, todas las limitaciones tácticas y estratégicas inherentes a este tipo de formación sin el apoyo de tropas ligeras en aras de preservar su liderazgo. El intenso territorialismo de la guerra en la Grecia arcaica era, por tanto, más simbólico que material. La batalla hoplítica toma, de esta forma, sentido; para ambos bandos era la manera más barata y rápida de solucionar el asunto, pues aseguraba que el enfrentamiento, y normalmente la guerra, terminaría por medio de un solo choque corto y salvaje después del cual los soldados-granjeros podían retornar a sus campos. Y este método ahorra vidas, al igual que tiempo [HANSON 1989; DAWSON 1996: 47-64].

En el caso de Roma, parece que la adopción de formaciones de tipo falangítico habría que situarlo, según las fuentes, hacia los siglos VI y V a.C., cuando se establece una organización timocrática de la milicia centuriada, si bien estamos ante un aspecto objeto de discusión entre los especialistas [para un estado de la cuestión, véase ATIENZAR 2010].

Por último, el término “soldado” implica una pertenencia a ejércitos regulares y organizados como tales, así como la existencia de unidades permanentes celosas de sus tradiciones e historia; esto último es algo esencial para fomentar y mantener el espíritu de cuerpo (*esprit de corps*). Un ejército supone disciplina, obediencia al mando, rutina de campamento, entrenamiento y la capacidad de mantener formaciones complejas en el campo de batalla (Onasandro, *Strategikon* 10.2). “Soldado”, por tanto, implica profesionalidad y dedicación a tiempo completo, recibiendo por el desarrollo de ese trabajo un estipendio determinado. Aun así, el soldado profesional, valga la redundancia, es un ciudadano perteneciente a esa comunidad política, por lo que no debe ser confundido con el mercenario (profesional de las armas expatriado que sólo se mueve por la expectativa del beneficio).

Esta evolución hacia la profesionalización del ejército puede seguirse a lo largo de la historia de Roma, desde sus comienzos de carácter tribal, pasando por su etapa de milicia durante la república, hasta concluir prácticamente en el s. I a.C., durante el turbulento período de guerras civiles y las definitivas reformas de Augusto, que dieron lugar al ejército profesional del Alto Imperio¹.

La guerra como motor económico

Vitales, además, serían también los medios económicos necesarios para mantener estas estructuras militares más o menos organizadas, que demandaban una fiscalidad cada vez más compleja basada, esencialmente, sobre la productividad de la población y el territorio. Como afirmaba ya F. Engels, “la violencia por sí sola es incapaz de crear dinero; a lo sumo puede apoderarse del ya creado (...). En última instancia, siempre será la producción económica la que suministre el dinero; volvemos a encontrarnos, pues, con que la violencia está condicionada por la situación económica, que es la que debe dotarla de los medios necesarios para equiparse con instrumentos y para conservarlos”. No obstante, precisamente esa capacidad del vencedor de apoderarse de las riquezas generadas por el vencido se erigió en un elemento esencial de la guerra antigua. De hecho, podemos afirmar que la consecución de botín constituyó el método de enriquecimiento más importante a lo largo de toda la Antigüedad. Los medios que estructuras estatales, como la romana durante el período republicano, invertían en el mantenimiento de fuerzas militares eran ampliamente compensados (al menos en el Oriente mediterráneo) por los ricos botines que podían obtenerse.

El prestigio asignado al botín de guerra es propio de una sociedad guerrera, arcaizante y conservadora. Sigamos con el caso de Roma. Durante el período republicano, este prestigio estaba más arraigado entre las elites senatoriales que entre los propios soldados

1. Un buen análisis de conjunto del soldado romano puede consultarse en CARRIÉ 1989.

(que pensaban esencialmente en el valor de mercado de las ganancias así obtenidas). Para ver cómo se fue perdiendo progresivamente este aspecto prestigioso del botín podemos hacer referencia a la progresiva caída en desuso de los denominados *spolia opima*. Eran éstos los despojos (armas esencialmente) arrancados al general enemigo vencido en combate singular por el propio general romano durante la batalla. El botín así obtenido estaba cargado de un contenido moral que prácticamente le vedaba el camino a su inclusión en el mercado; de hecho, solían ser consagrados en un templo con el que el general vencedor tuviera especiales lazos. Sin embargo, esta mentalidad, reflejo esencialmente de una aristocracia guerrera que pretende justificar su supremacía en el conjunto de la comunidad, fue quedando progresivamente obsoleta (algo a lo que contribuyeron las nuevas formas de mando, que otorgaban al general un papel director de las operaciones que no siempre le permitía involucrarse en el combate). Así, si bien algunas piezas pasaban a engrosar colecciones privadas o *cellae* de templos (aquí el elemento de prestigio todavía conservaba su importancia), el grueso de los botines se amonedaba, pasando a convertirse en una de las grandes “industrias” de sustentación de la economía romana. Se desarrolló incluso durante los siglos III-II a.C. toda una dinámica en la que se pretendía que la guerra se alimentase a sí misma, descargando al conjunto del Estado de los gastos ocasionados por las operaciones militares a lo largo y ancho del Mediterráneo.

De este modo, vemos cómo el botín de guerra, cuya consideración inicial se inclinaba claramente hacia el valor de prestigio, acabó integrándose como valor de mercado en el sistema económico del mundo romano. Hasta tal punto la obtención de botines se convirtió en un elemento económico clave para el Estado romano que se produjeron, incluso, modificaciones en el concepto de “guerra justa”. Esta teoría fue quedando progresivamente superada por la obtención de beneficios; de esta forma, el pillaje (*direptio*) y la búsqueda de botín (*praeda*) se perseguían de una manera cada vez más clara, pasando el derecho de gentes a un segundo plano. El pillaje y el botín podían, además, considerarse como la consecuencia de un *bellum iustum*, siendo tratados como indemnización de guerra y empleados para la reconstrucción de edificios o infraestructuras dañadas por el conflicto; sin embargo, durante la República media el botín terminó por convertirse en el principal objetivo de la guerra, como ponen de manifiesto los pillajes protagonizados por los generales romanos del período.

Tal era su importancia para el Imperio que el declive de esta “industria”, unido a otros factores como la decadencia de la minería, provocó el hundimiento progresivo de la economía romana a partir del s. II d.C., que culminaría con el colapso de la parte Occidental del Imperio durante la segunda mitad del s. V. Las últimas conquistas rentables, obra de Trajano, dieron paso a una progresiva depresión. El desastre económico de las guerras marcománicas de Marco Aurelio colocó un punto de no retorno para la economía del Imperio. A este marasmo económico contribuyó también el incremento exponencial de los gastos militares, al aprobarse cuantiosas subidas de la paga por parte de Septimio Severo, Caracalla y Maximino el Tracio. Durante el s. III, no obstante, volvieron a obtenerse sustanciosos botines; el problema es que no pocas veces los ejércitos vencedores triunfaban en detrimento de otras tropas romanas, en una espiral de guerras civiles que estuvo a punto de acabar con la propia estructura estatal.

El botín, no hay que olvidarlo nunca, siempre constituyó un elemento clave en la motivación del soldado para el combate [cf. LE BOHEC 2009: 183-4]. Esto se observa claramente en la escasa predisposición de los legionarios-ciudadanos de la República media a batirse en guerras poco rentables como las desarrolladas en Hispania y su ansia, por el contrario, cuando se proyectaban operaciones de gran envergadura contra los ricos reinos helenísticos del Oriente mediterráneo. Durante los siglos I y II d.C. la menor proporción de guerras ofensivas (en comparación con las grandes operaciones de conquista del último período de la República y el reinado de Augusto) era contrarrestada, sin embargo, mediante ofrecimientos de dinero por parte del emperador (*donativa*), por lo que los beneficios del botín comenzaron a separarse del comportamiento en combate. Sin embargo, durante el s. III d.C. se volvieron a incrementar de forma desproporcionada las posibilidades de botín, pues los ejércitos estaban inmersos en la lucha contra pueblos bárbaros en movimiento, a veces procedentes de territorio romano cargados con el fruto de sus depredaciones, que generalmente se desplazaban con todas sus pertenencias, y contra otros ejércitos romanos dentro del propio Imperio. De esta forma, vemos cómo el botín siempre constituyó un elemento esencial (tanto por su abundancia como por su ausencia) de la economía del Imperio; la diferencia estribaba en que si procedía del exterior incrementaba los índices económicos del Estado romano, en tanto que si procedía de saqueos internos contribuía al hundimiento de las estructuras productivas de determinadas zonas; este último caso, no obstante, también coadyuvaba a un nuevo reparto de la riqueza, pues el botín adquirido por los soldados era de nuevo puesto en circulación (normalmente en zonas relativamente alejadas del lugar donde se había obtenido).

Elementos clave en la gestión del botín por parte de los ejércitos romanos eran los vivanderos (*lixae, caupones*, etc.) que acompañaban a las tropas y que se beneficiaban de su proximidad al soldado en el momento en el que éste pretendía convertir su botín en moneda. De este modo, esos emprendedores acababan convirtiéndose en un importante factor económico, pues eran los que solían acabar introduciendo el botín en el mercado.

Si importante era el botín para una sociedad tan burocratizada y avanzada como la romana, cuánto más no lo sería para todas aquellas formaciones prepolíticas que se desarrollaron a lo largo de la Antigüedad. De hecho, pueblos enteros como los francos, alamanes y godos (en un primer momento), o bien los hunos (a lo largo de toda su existencia) y otros pueblos de las estepas, se movían más por las expectativas de botín que por la consecución de tierras, pues su forma de vida era prácticamente inviable fuera de las vastas estepas del Este de Europa. Hoy en día sería impensable que el botín de guerra constituyera un elemento siquiera a tener en cuenta para el mantenimiento de unas fuerzas armadas. Sin embargo, durante la Antigüedad, y hasta períodos relativamente recientes (tanto como la II Guerra Mundial), las estructuras económicas de los Estados se apoyaron, en la medida de lo posible, en las ganancias obtenidas por sus propios ejércitos del enemigo vencido para el mantenimiento y operatividad de los mismos.

Volviendo al mundo romano, el Imperio había pasado por un largo período de paz relativa desde la guerra civil de 69 d.C., restringiéndose los conflictos a guerras de conquista u operaciones de mantenimiento de la paz en zonas problemáticas de algunas provincias muy localizadas. Todo ello iba a cambiar a partir del reinado de Marco Aurelio (161-180), cuando tanto los partos en Oriente como cuados y marcomanos en el Danubio

pusieron al Imperio en serios aprietos militares y financieros (el emperador se vio obligado, incluso, a vender su vajilla de oro para hacer frente a los gastos ocasionados por las operaciones contra los germanos), poniendo fin a ese período de bonanza conocido como época Antonina y que se extendió desde Nerva (96-98) hasta la muerte del mencionado emperador filósofo. La guerra, a partir de 193, volvería a tomar de nuevo carta de naturaleza, convirtiéndose el ejército, junto al emperador en su calidad de comandante en jefe, en la institución sobre la que iba a recaer el peso del mantenimiento del Estado frente a usurpaciones y ataques exteriores, en un contexto de crisis económica que, si bien menos profunda de lo que tradicionalmente se ha pensado y, sobre todo, muy desigual en cuanto a las zonas afectadas, no hacía sino contribuir al desasosiego generalizado que se observa a mediados del s. III d.C. en un Imperio desgarrado por las guerras civiles, los ataques persas en Oriente y los continuos asaltos a las fronteras del Rin y el Danubio.

A pesar de tan desastrosas perspectivas, el ejército romano, si nos atenemos a los resultados, cumplió con creces su cometido, permitió al Estado su supervivencia y acabó venciendo a todas aquellas amenazas que se cernían sobre el Imperio. Con Diocleciano (284-305) se observa, incluso, una clara recuperación, favorecida también por la estabilidad proporcionada por su larga permanencia en el poder. No obstante, en el transcurso de ese siglo de guerras casi continuas, las estructuras militares romanas sufrieron una clara evolución (que no involución, como dejan entrever algunos investigadores) que alejaron la imagen del ejército romano del Imperio tardío de la de aquél de los siglos I y II d.C., pero que no mermaron su operatividad ni sus capacidades, más bien todo lo contrario, para hacer frente a las amenazas a las que tendría que combatir el Imperio a lo largo del siglo IV.